

Abandonado en Marte

LESTER DEL REY



En esta novela, de un futuro no muy lejano, se relatan las hazañas de un grupo de expedicionarios que emprenden un viaje hacia lo incógnito. Desde la base instalada en la Luna, parte el Eros en dirección al planeta Marte, uno de nuestros vecinos más próximos y el que más atención nos ha despertado desde hace muchos años.

Viaja como polizón en la nave espacial el joven Chuck Svensen, a quien han rechazado a último momento, y cuyo arrojo y valentía quedan probados en las aventuras extraordinarias que ha de pasar tanto en el espacio como en el planeta rojo, donde él es uno de los Primeros en comunicarse con los extraños seres que lo habitan.

El mundo del futuro

La mayoría de nosotros viviremos para ver fotografías de la Luna, ¡fotografías tomadas por hombres que posaron sus plantas sobre la superficie de esa esfera que se cierne en el cielo! Veinte años atrás un cohete que pesara unos pocos kilos podía viajar como máximo un centenar de metros; hoy día, los cohetes que pesan unas cuantas toneladas recorren varios centenares de kilómetros. Por consiguiente, estamos a un paso de construir cohetes que pesen centenares de toneladas y puedan recorrer los 382.000 kilómetros que nos separan de la Luna. ¡Tal será el mundo del futuro!

Naturalmente, las naves impulsadas por cohetes pueden desplazarse donde no existe el aire. Esto se ha comprobado concretamente; cuanto menos aire haya alrededor del cohete tanto mejor es su funcionamiento. También sabemos mucho acerca del modo como ha de ser diseñada la nave y lo que se hallará en nuestro satélite cuando lleguemos a él. Jamás hemos visto el otro lado de la Luna, pero podemos estar seguros de que es exactamente igual a la cara que nos presenta siempre. Hasta podemos conjeturar la utilidad científica y comercial que podría reportarnos un viaje al satélite, y es muy probable que se establezca en él una base permanente, aunque resultará seguramente muy costosa de mantener.

Desde allí seguiremos adelante. Una vez que hayamos desentrañado los secretos de la Luna y sepamos como se construyen naves espaciales de mayor alcance y mejor ren-

dimiento, miraremos hacia los planetas Marte, Venus y los satélites de Júpiter.

Probablemente será Marte el primer planeta que exploremos. Venus se encuentra más próximo, pero Marte ha despertado siempre un interés mayor. A diferencia de la Luna, Marte parece tener aire, agua y vida. Por medio de nuestros telescopios hemos visto los casquetes helados de los polos que se funden con la llegada de la primavera, y hemos notado que el planeta rojo adquiere entonces una tonalidad verdosa. Con la llegada del otoño esta tonalidad va cambiando paulatinamente hasta tomar el matiz de las hojas secas que tenemos en la tierra, comportándose así como si se tratara de vegetación dotada de vida.

Ignoramos si hay allí vida animal. Pero es lógico suponer que las mismas condiciones que produjeron la vida vegetal puedan también haber dado nacimiento a animales de alguna especie, tal como esas mismas condiciones crearon en la Tierra a las plantas y animales que hay en ella. Por ejemplo, puede haber extraños insectos o un tipo de vida rastrera que no podemos imaginar..., y que no conoceremos hasta ir allá. Ni siquiera podemos afirmar que sea imposible la existencia de seres inteligentes.

En otra época, creyeron ciertos hombres de ciencia que había pruebas de la existencia de vida inteligente en el planeta Marte. Mucho se habló de los misteriosos «canales», los que se destacan como líneas rectas que se cruzan sobre la superficie del planeta rojo. Por desgracia, todavía no sabemos mucho acerca de ellos. Ni siquiera sabemos que sean realmente tan rectos como aparecen, o si muchos no son en realidad una ilusión óptica, motivada por el cansancio visual de quienes los observan.

Durante largo tiempo se creyó que fueran enormes trincheras cavadas por los marcianos, lo cual habría confirmado la existencia de seres sumamente inteligentes. Después comenzaron a abrigarse ciertas dudas. Las fotografías no los mostraban, y los telescopios mayores y más modernos no

permitían verlos tan claramente como ocurriera con los de menor alcance, la verdad es que algunos observadores no habían podido verlos nunca. De ahí que hace unos pocos años los hombres de ciencia empezaron a creer que tales canales no existían.

Actualmente ha cambiado este estado de cosas. Las fotografías más recientes los muestran como simples marcas borrosas, difíciles de seguir, pero de existencia indudable. Algunos parecen cambiar de ubicación; desaparecen los viejos y de tanto en tanto aparecen otros nuevos; los mapas modernos no concuerdan del todo con los que se trazaron hace medio siglo. Mas las misteriosas marcas de Marte son muy reales, aunque no haya en todo el planeta suficiente agua como para llenar esos supuestos «canales».

Aún ahora sabemos muy poco respecto a ellos. Podrían ser una prueba de que existen allí seres inteligentes; pero es seguro que los posibles habitantes del planeta no pueden haber alcanzado un grado de civilización como el que tenemos aquí. La atmósfera enrarecida —mucho más que la que se encuentra en las montañas más altas de la Tierra— no permitiría que se encendiera fuego. Sin fuego, los hombres jamás habrían salido de sus cavernas para comenzar a fundir metales. El fuego fué la primera herramienta del hombre y el metal la segunda; sin ellos como base no se podría llegar a un nivel de civilización similar al nuestro. Probablemente sean los canales un fenómeno natural que nada tiene que ver con la existencia de seres inteligentes en el planeta.

Claro que de esto no podemos estar seguros hasta que vayamos a comprobarlo con nuestros propios ojos. Como siempre hemos sido muy curiosos, haremos el largo viaje hasta allá para aclarar el punto lo antes posible.

Lo que sigue es un relato del primer viaje que quizá se haga. Los detalles técnicos son generalmente correctos y no hay en la narración nada realmente fantástico. Ya desde ahora podemos escribir sobre un viaje a través de millones

de kilómetros en el espacio, sin necesidad de poseer una imaginación excesivamente desarrollada. En el futuro, cuando se escriba el relato del primer viaje verdadero, es seguro que no se diferenciará mucho de éste, producto de la mente del autor... Y seguramente se llevará a cabo mucho antes de lo que imaginamos muchos.

LESTER DEL REY

1

Regreso a la Luna

DURANTE el transcurso de la última hora el gran helicóptero había ascendido, por el aire cada vez más enrarecido, hacia los picos más elevados de Los Andes. Ahora, a cinco mil quinientos metros de altura por sobre el nivel del mar, el aparato se enderezó y el rugir de su motor convirtiéndose en un zumbido sereno y constante. Los primeros rayos del sol acariciaban ya las cumbres y era fácil ver el campo de lanzamiento de cohetes situado sólo a un kilómetro y medio de distancia.

El fornido muchacho rubio que ocupaba el asiento destinado a los pasajeros despertó de pronto y comenzó a resregarse los ojos. Chuck Svensen era bajo para su edad — no tenía aún dieciocho años y medía sólo un metro sesenta y ocho— y todavía no asomaba la barba a sus mejillas. Siempre le había costado trabajo convencer a la gente de la edad que contaba, y el entusiasmo que se pintó en su rostro al ver el campo de lanzamiento de cohetes le hizo aparecer aún más joven de lo que era. A pesar de esto, se advirtió una expresión respetuosa en el semblante del piloto cuando miró éste a su pasajero.

—Debe ser muy agradable volver a la Luna —comentó el individuo con un dejo de envidia en la voz.

Sonrió Chuck al oírlo.

—Es magnífico. Después de pasar cuatro años allá sin pesar más que una sexta parte de lo que peso en la Tierra, aquí tengo la impresión de que llevo encima una tonelada de plomo. ¡Pero valió la pena venir!

—¡Ya lo creo! —exclamó el piloto—. Chico, usted es uno de los seis hombres más afortunados del mundo. ¡Daría mi brazo derecho por viajar en ese primer cohete que irá a Marte!

Chuck asintió en silencio. Aún no estaba del todo convencido. Durante cuatro largos años había observado cómo construían la nave para el viaje sin abrigar la menor esperanza de participar del mismo. Aun cuando el gobernador de Ciudad Luna consiguió que se incluyera en la tripulación a uno de los del grupo lunar, Chuck no se atrevió a soñar que sería él elegido. El límite de edad habíase fijado entre los dieciocho y los veintisiete años, y él cumpliría los dieciocho el día mismo de la partida. Cuando sus conocimientos de radar y su magnífico estado físico le sirvieron para obtener lo que ambicionaba fue él la persona más sorprendida de toda Ciudad Luna.

Luego se sucedieron las largas noches de estudio, el viaje espacial a la Tierra, y dos semanas de penosas pruebas que sirvieron para demostrar su capacidad. Ahora ya había sido elegido y marchaba de regreso a la Luna para partir inmediatamente hacia Marte.

El helicóptero se asentaba ya sobre el campo de lanzamientos y Chuck pudo ver a los hombres que iban de un lado a otro, arropados como lo exigía el tremendo frío reinante. El aire estaba muy enrarecido a aquella altura, de modo que todos llevaban máscaras de oxígeno que los hacían parecer monstruos extraterrenos. Se colocó la suya en el momento en que el aparato tocaba tierra y se detenía.

Ya había descendido el cohete especial de la Luna y lo estaban preparando para el viaje de regreso. Desde las tres aletas de su base, que le servían ahora de apoyo, se extendía hacia arriba por espacio de doce metros hasta su afilada proa; su aspecto en general daba la impresión de un gran cigarro equipado de alas cortas. Las bombas funcionaban rápidamente, introduciendo el combustible en los tanques, mientras que el operador del guinche iba colocando

cajones llenos de herramientas de precisión en el compartimiento destinado a la carga. Una enorme máquina había retirado el forro chamuscado del tubo en que terminaba la base del cohete y estaba colocando otro para reemplazarlo, mientras que otro aparato similar trabajaba en el compacto motor atómico de la nave para cambiar las latas originales de plutonio por otras nuevas.

Chuck ya había visto todo aquello, de modo que se abrió paso por entre los hombres que guiaban las máquinas desde una distancia prudente y encaminóse hacia la cantina. Gracias a sus ropas y a la máscara de oxígeno, asemejábase a los otros, y nadie le prestó la menor atención, lo cual contrastaba notablemente con la publicidad que recibiera al pasar las pruebas de suficiencia.

Al entrar en el edificio, dotado de atmósfera propia, Chuck halló en el salón al piloto del cohete, quien sorbía café con gran gusto y observaba al encargado que le estaba por servir otra taza. Jeff Foldingchair medía menos de un metro sesenta de estatura; su cutis bronceado y su pelo renegrido ratificaban su afirmación de que era un indio cherokee de pura sangre. Había formado parte de la segunda tripulación que llegó a la Luna, y ahora, luego de veinticinco años, seguía siendo uno de los mejores pilotos del espacio.

Sus ojos negros se encontraron con los de Chuck, en el espejo que había detrás del mostrador. Aunque no se volvió, puso al descubierto sus blancos dientes en una afable sonrisa.

—Acércate y toma café, chico. Es una gran cosa poder beber café verdadero después de ese concentrado raro que tenemos en la Luna. Disponemos de diez minutos antes de la partida... Te felicito: en Ciudad Luna estamos muy orgullosos de ti.

Chuck pidió una porción de pastel de banana con crema antes de sentarse al lado de Jeff. En la Luna había alimento en abundancia y sobraban las hortalizas y verduras

frescas de las huertas hidropónicas; pero aquella golosina sería la última que probaría durante largo tiempo.

—Me alegra verte aquí, Jeff —expresó—. Creí que tendría que tomar una de esas naves tan lentas que tardan cuatro días. Con las nueve horas que viajaremos me basta y sobra.

Jeff pidió otra taza de café.

—Me mandó el gobernador para que te llevara —expresó—. Las herramientas que llevo son una excusa, pues no corrían ninguna prisa. Chuck, no sabes cómo se ha festejado...

Interrumpióse al llegar un empleado de uniforme por el túnel que comunicaba con las oficinas principales. El individuo le hizo una señal y Jeff se puso de pie para seguirlo.

Sonrió Chuck mientras comía el pastel con muy buen apetito. No le costaba mucho imaginar los festejos que se habrían celebrado en Ciudad Luna al recibir la noticia de su triunfo. Ninguna nación podría ser más patriota que aquella reducida colonia selenita. No importaba que hubiera nacido en los Estados Unidos y estado allá sólo cuatro años; en la Luna no tenían gran importancia las nacionalidades de los habitantes; un año bastaba para convertir a cada uno de ellos en ciudadano lunar. El esperanto, idioma que se empleó desde el principio para evitar confusiones, era ahora el lenguaje común hasta en los hogares; nadie preguntaba dónde había nacido su vecino y bastaba que ahora fuera residente de la Luna.

Hasta se hablaba de solicitar la independencia de la colonia, aunque todos mostrábanse muy satisfechos con la actuación del gobernador Braithwaite. Había nombrado a éste el comité ejecutivo de las Naciones Unidas, organización de la que dependía todo el satélite: pero Braithwaite era ya tan patriota como cualquiera de los otros habitantes.

Naturalmente, la expedición a Marte era organizada por los Estados Unidos, habiendo obtenido sus organizadores un permiso especial de la UN para partir desde la Luna, de

modo que el gobernador no tenía autoridad ninguna sobre la empresa. No obstante, su gran popularidad le sirvió para que se accediera sin reservas a su pedido de que uno de los tripulantes de la nave espacial fuera un ciudadano de Ciudad Luna, y nadie puso en tela de juicio su elección de Chuck para tal puesto. Habíase excedido en sus atribuciones al enviar el veloz cohete en busca del muchacho, pero éste sabía que nadie tendría nada que objetar.

En ese momento regresó Jeff, poniendo punto final a las meditaciones de Chuck. El piloto parecía preocupado, aunque no por ello dejó de sonreír.

—Hay meteoros en el espacio; quizá cambien la ruta a Marte —anunció—. Come que ya vamos a partir.

—¿Meteoros peligrosos? —inquirió el muchacho.

La mayoría de los fragmentos de roca y metal que volaban por el espacio eran llamados meteoros y no tenían dimensiones extraordinarias, pero viajaban a tal velocidad que fácilmente podrían dañar la nave.

Jeff se encogió de hombros.

—No se sabe. ¡Hum!, te diré. He estado pensando y me parece que esto de ir a Marte es una tontería. Dentro de diez años será cuestión de rutina, pero ahora... Quizá sería mejor que te quedaras con tu familia y dejaras que otro más temerario vaya en busca de nuevos planetas.

—¡Jeff! —Jeff dejó caer el tenedor y se volvió con cierta brusquedad. Chuck agregó—: ¿Qué pasa? ¿Hay alguna dificultad con mi permiso para viajar?

Jeff negó con la cabeza al tiempo que le pasaba el radar-grama.

—Han decidido adelantar dos días la fecha de la partida. Olvida lo que te dije; hoy estoy nervioso. Vamos ahora.

Chuck sabía que sería inútil interrogar a su amigo, de modo que no hizo comentario alguno, se puso de pie y volvió a colocarse la máscara. Empero, seguía preocupado. No había razón para que Jeff le aconsejara no efectuar el viaje, a menos que hubiera una probabilidad de que no se

lo permitieran. El piloto había sido uno de los que lo recomendaran al gobernador. Sin embargo el radar-grama, decía sólo lo que afirmara Jeff. O había otro mensaje, o Chuck no acertaba a comprender lo que debía resultarle evidente.

Al salir al campo vieron que ya habían colocado nuevamente las cubiertas protectoras sobre el motor atómico, de modo que ahora no resultaría peligroso trepar la escala que llevaba a la sala de mandos. Aquellas cubiertas protectoras habíanse ido mejorando muy lentamente durante los últimos veinticinco años, lográndose al fin resultados positivos. Una capa de medio centímetro de aquel metal especial era más efectiva que quince metros de concreto sólido en lo que respecta a rechazar las radiaciones peligrosas. Sin ellas hubiera sido demasiado riesgoso el empleo de los motores atómicos. Los cohetes antiguos habían requerido cien toneladas de combustible químico para trasladar dos o tres toneladas de material útil hasta la Luna. Ahora no eran necesarias más que dos toneladas de combustible líquido para proveer de fuerza motriz al pequeño cohete de seis toneladas de peso.

El muchacho siguió a Jeff por la escala y entró en la diminuta cámara de presión, esperando allí mientras el piloto cerraba la puerta exterior. Transpusieron luego la otra, que también cerró Jeff, y subieron por la escotilla a la cabina de gobierno. El piloto se ocupó en seguida de observar las válvulas del paso del aire. Después dejóse caer en uno de los suaves colchones de espuma de goma que había en el piso y se aseguró con las correas dispuestas para asegurarse a ellos.

Chuck hizo lo mismo. En posición horizontal, el cuerpo humano puede soportar mejor la presión tremenda de la aceleración, y todos los despegues se efectuaban mientras los pilotos y pasajeros ocupaban sus colchones de seguridad. Los botones y palancas de comando se hallaban situados bajo las manos del piloto.

En un tablero situado arriba estaban los instrumentos que indicaban el funcionamiento de la nave. Un gran cronómetro iba marcando el paso de los segundos.

—Diez segundos —anunció Jeff.

Chuck relajó todos los músculos mientras su compañero hacía una señal afirmativa al tiempo que apretaba uno de los botones.

Del poderoso cohete situado en la cola partió un súbito rugido que se fué acrecentando y se apagó poco después, cuando sobrepasaron la velocidad del sonido. El piso pareció elevarse y apretar la espalda de Chuck. Bajo la presión de cuatro gravedades, su peso pareció cuadruplicarse. La respiración se le tornó dificultosa y la sangre se agolpó en sus venas. Se le cerraron los ojos mientras que se nublaban sus sentidos. Aun Jeff experimentaba aquellas mismas sensaciones a pesar de su larga experiencia.

La velocidad inicial se acrecentaba a razón de cuarenta metros por segundo, llegando hasta los ocho mil kilómetros por hora en un minuto de ascensión y agregando la misma cifra a su velocidad con cada minuto que transcurriera. Ya se hallaban más allá de la atmósfera terrestre y aún continuaba impulsándolos el chorro motriz del cohete.

De haber tenido a su alrededor la atmósfera normal que existe al nivel del mar, la resistencia del aire habría recalentado la nave hasta su punto máximo, malgastando así la mayor parte del impulso inicial del cohete. Por eso era que las naves espaciales partían siempre desde las montañas más elevadas de la Tierra, donde la atmósfera está más enrarecida.

Por suerte, la presión duraba sólo unos minutos. Jeff tocó varias palancas a fin de desconectar el motor. La nave había sobrepasado ya la velocidad de once kilómetros por segundo que necesitaba para arrancarlos de la Tierra y la inercia seguiría impulsándole el resto del trayecto. La gravedad del planeta continuaba atrayéndoles débilmente; mas como su atracción quedaba equilibrada con la del na-

vío, no había la menor sensación de peso en el interior de éste.

Chuck notó el alivio al cesar la aceleración y sintió que su estómago parecía encogerse ante el cambio. Durante unos segundos le dio vueltas la cabeza y perdió el sentido del equilibrio. Durante su primer viaje a la Luna había estado descompuesto durante muchas horas, pero su cuerpo terminó por acostumbrarse a aquellos altibajos. Ahora pasaron pronto las náuseas y experimentó luego la sensación de flotar en un lago de aguas claras sin sufrir el inconveniente de la mojadura.

Por un momento estuvo tentado de soltarse las correas y flotar por el aire, yendo de una pared a otra con el simple impulso de un leve empujón. Después recordó que no era ya un niño y fué a situarse al lado de Jeff mientras contemplaba el espacio a través de los ojos de buey.

No había mucho que ver. La pantalla luminosa del visor-radar que había en la popa les mostraba a la Tierra que se empequeñecía detrás de ellos, mientras que la Luna veíase por uno de los ojos de buey como una pequeña esfera blanca en la negrura intensa del espacio. Las estrellas eran meros puntos de luz resplandeciente y había muchas más de las que imagina un observador de la Tierra. A un costado brillaba el sol; mas el filtro automático protegía sus ojos y lo presentaba sólo como un círculo irregular de contornos llameantes. El espectáculo era el mismo que acostumbraba ver Chuck desde el satélite desprovisto de atmósfera.

A una señal de Jeff, Chuck se volvió para mirar. A unos kilómetros de distancia veíase flotar una de las antiguas estaciones orbitales de forma de anillo. Giraba alrededor de la tierra en una órbita propia, a semejanza de la Luna, aunque mucho más cercana, y así seguiría siempre. Antes de que los nuevos combustibles y pantallas protectoras permitieran el empleo de motores atómicos, el hombre había usado aquellas estaciones como trampolín para saltar hasta

la Luna. Ahora habíanlas abandonado y se usaban sólo para experimentos científicos.

—Así es el progreso —comentó el piloto—. Teníamos que hacer veinte viajes desde la Tierra a una de las estaciones antes de tener suficiente combustible para que la nave pudiera ir hasta la Luna. Ahora hacemos el viaje directamente. Las construyeron para lanzar bombas atómicas contra el enemigo en caso de que se declararan guerras en la Tierra; pero cuando fueron demasiados los países que tuvieron la propia, todos se asustaron y las dejaron en manos de la UN. Al principio fueron armas de guerra que después sirvieron para afianzar la paz.

Chuck había estudiado todo aquello en la escuela, aunque le resultaba difícil creer que el Consejo de las Naciones Unidas hubiera sido alguna vez más débil que los países a los que ahora gobernaba con tanta facilidad.

El cherokee echó un último vistazo al quedar atrás la estación. Después se acomodó junto al contador automático que lo despertaría a su debido tiempo, cerró los ojos y quedóse dormido casi instantáneamente. Chuck trató de hacer lo mismo, pero le molestaba mucho la falta de peso que le recordaba su primer viaje y los cuatro años transcurridos desde entonces.

Siempre había soñado con salir de la Tierra; pero recién a los catorce años vio la partida de una nave espacial y habló con un hombre que había efectuado el viaje a la Luna. Como su padre era director técnico de una fábrica pequeña del medio oeste, el muchacho habíase contentado con lo que podía leer acerca de los viajes al satélite. Luego, de una manera completamente inesperada, su padre anunció que lo habían elegido para colaborar en la construcción del navío sideral que se estaba preparando en la Luna para llegar hasta el planeta Marte. Chuck enloqueció casi ante la idea de vivir en la Luna.

Al pasar los primeros meses y acostumbrarse a la novedad, comenzó a insistir para que le dejaran ayudar en los